

MIS RECUERDOS DEL LABORATORIO DE ARQUEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

Agradezco a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia que me hayan invitado a prologar el presente volumen dedicado a conmemorar el 50 aniversario de la fundación del Laboratorio de Arqueología de la misma. Era una invitación a que yo pudiera repasar uno de los recuerdos más entrañables de mis años de profesor en aquella Universidad. Es imposible para mí hablar de ello sin referirme a mis circunstancias personales.

Llegué a Valencia, viniendo de mi cátedra de Historia de España Antigua y Media de Santiago, para desempeñar la de Historia Moderna y Contemporánea de España. Esta es una larga historia que no voy a traer ahora, aunque no puedo silenciarla, pues aquel hecho había de influir en toda mi actuación valenciana.

Ni mi esposa ni yo conocíamos Valencia y acabábamos de pasar por un trance doloroso. Empezaba una gran incógnita, la de saber cómo me movería en un ambiente extraño para mí, tras haber desobedecido los reiterados consejos de mis maestros para que siguiera en una región arqueológicamente mal conocida en lugar de ir a explicar asignaturas en las que no podía reclamar un puesto en su investigación. La acogida no pudo ser mejor. A las pocas horas de llegar teníamos ya domicilio, gracias a la gestión de mi nuevo colega el Marqués de Lozoya.

No conocía previamente a ninguno de mis colegas, salvo al profesor Deleito y Piñuela; que estuvo en mi tribunal de oposiciones de Santiago hacía dos años, y al que tenía que agradecer su voto favorable. No era una Facultad muy nutrida. Era su decano entonces el catedrático Dr. D. Pedro M.^º López, catedrático de Filosofía. Le seguían, D. José Ventura Traveset, de Literatura; D. Ramón Velasco Pajares, de Geografía; Dr. Carlos Riba, de Historia Moderna y Contemporánea Universal, que tuvo a su cargo la cátedra «Luis Vives»; Dr. D. Luis Gonzalvo Paris, de Arqueología, Numismática y Epigrafía; Dr. José Casado, de Historia Universal, y el benjamín del grupo, con el que hicimos pronto gran amistad, Dr. D. Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya, de Historia de España General.

Las circunstancias hacían que, mientras un especialista en Prehistoria tenía

a su cargo la Historia Moderna y Contemporánea de España, un especialista en estas dos últimas materias fuera el encargado de explicar la Historia General Antigua. Deseoso de poder desmentir pronto a mis maestros por su oposición a mi venida a Valencia, pedí permiso al decano —hombre un tanto riguroso— para dar un curso libre de Prehistoria, con lo que inicié mi labor científica en Valencia. A mi primera conferencia asistió don Isidro Ballester Tormo, y así empecé mi honda colaboración y amistad con él. Don Isidro acababa de lograr la creación por la Diputación Provincial de Valencia del Servicio de Investigación Prehistórica. No podía ser más oportuna mi llegada.

La primera charla mía se dio a las pocas semanas, pero hubo que interrumpirlas por haberse quemado la lámpara del aparato proyector que usábamos, y ante tal pérdida, el decano ordenó clausurar el curso.

Ya estaba yo entonces en relación con el profesor Gonzalvo, creador del Laboratorio de Arqueología, al que había dado forma de una especie de seminario abierto a los entendidos y aficionados valencianos. Conviene recordar que desde 1924 existía el Centro de Cultura Valenciana, patrocinado por la Diputación, que dedicaba una parte de sus actividades a la rebusca arqueológica, y antes, dirigida por un buen aficionado, Martínez Aloy, y de manera informal, existió una especie de Sociedad Valenciana de Arqueología.

Acudí pronto y con asiduidad al Laboratorio de Arqueología. Estaba ubicado en un verdadero rincón en el que cabían con estrechez la docena de aficionados que solíamos reunirnos, con mucha regularidad, cada miércoles de la semana, por la tarde. Un mueble clasificador, cuyos departamentos o cajones estaban a su vez llenos con cerámicas, principalmente, que se habían recogido en las excursiones dominicales, acababa de llenar el pequeño local. La labor hecha era mucha y adiviné que la actividad mantenida desde la creación del Laboratorio era grande, y más bien se había debilitado en los últimos tiempos.

Fui bastante asiduo a sus reuniones. Y acompañé a mis colegas en numerosas excursiones, aunque mis estudios y publicaciones no me dejaban demasiado tiempo libre, lo que se acentuó con la labor que pronto tuve en el S. I. P. La labor de este último, concebido con el ambicioso deseo de poder compararse con los grandes centros de la investigación prehistórica que por entonces funcionaban ya en Madrid, Barcelona, Lisboa y Oporto, fue cada día más absorbente, pero las relaciones con el Laboratorio universitario y con el Centro de Cultura Valenciana fueron siempre normales, teniendo cada centro su actividad propia. El temperamento de las personas que dirigían esos centros contribuyó también a esta armonía.

La presidencia o dirección del Laboratorio correspondía, como es natural, al catedrático de la asignatura, don Luis Gonzalvo Paris. Don Luis Gonzalvo, formado en la escuela arabista de Codera, era un hombre eruditísimo en muchas y diversas materias, pero que tenía alergia frente a la publicación de los datos que obtenía y de los comentarios que cualquier tema en él sugería. Sus ideas propias, a veces en total oposición a lo admitido corrientemente, eran defendidas por él con gran ingenio.

A su lado destacaban varios de los más asiduos concurrentes al Laboratorio y a sus excursiones. El más destacado, sin duda, era don Pío Beltrán. Allí conocí a don Pío y se inició una amistad que había de durar muchos años, hasta su muerte. He dicho en otro lugar que don Pío, como don Manuel Gómez Moreno, fueron los últimos eruditos a la usanza antigua. Sus intervenciones eran constantes; sus puntos de vista, originales y basados en una erudición que me producía siempre un gran respeto, pues me hacía comprender mi inferioridad. Era, sin duda, la figura más destacada del Laboratorio, de cuyas sesiones era muy asiduo.

Un tercer gran pilar era Nicolás-Primitivo Gómez Serrano, también erudito y gran excursionista, conocedor de la historia y folklore del País Valenciano. Pero trastornado por teorías muy difíciles de defender. Su gran bondad y buenas maneras permitían discutir con él sin que se sintiera herido o molesto por discrepar de sus ideas.

Concurrente muy interesado, con su temperamento entusiasta y lleno de bondad, era el guía de mis primeros tiempos en Valencia, el Marqués de Lózoza. Tomó parte en muchas excursiones. Y era ya una autoridad en los temas del arte hispano, del que le escuchamos sabrosas síntesis. Hace pocos días le encontré en la Real Academia de la Historia, recordamos aquellos días de Valencia y me encargó os trajera el más cordial saludo, lamentando no poder reunirse con nosotros.

Tampoco solía faltar a las sesiones y excursiones el maestro don Emilio Lluch, explorador del poblado de Náquera, que con él visitamos. Lluch era hombre modesto y ponderado, un excelente colaborador.

Allí hube de establecer lazos de cordial amistad y compañerismo con el profesor Mateu, que, como discípulo de Gonzalvo, es en este momento el decano de los miembros del Laboratorio.

Otros destacaban menos: el señor Gallego, gran aficionado a la Numismática; el doctor Manuel Cabrera, catedrático de Derecho Canónico, interesado en temas etnológicos; el también catedrático don Francisco Beltrán, naturalista; Senent Ibáñez, a quien su condición de inspector del Magisterio permitió adquirir noticias interesantes; Carreres Zacarés; don Francisco Martínez, que identificaba Altea con la Althaiá de los olcades; don José M.^º Ibarra, bibliotecario de la Universidad; don Fernando Navarrete. Hace pocos días acaba de fallecer en Valencia Jiménez Fayos, otro de los asistentes en mi época a las tareas del Laboratorio. Y bastantes más, que al cabo de los años sólo han dejado en mi memoria una huella borrosa.

Diversas circunstancias personales, los trastornos académicos y otras dificultades menguaron la actividad del Laboratorio, y mis últimos contactos con el mismo tuvieron lugar a los pocos años, cuando ya la situación universitaria se había deteriorado.

Quiero insistir en que siempre encontré allí una gran comprensión por la labor que en el S. I. P. realizábamos. Ambas instituciones tenían su propia vida y no creaban dificultades en la labor de cada grupo. Pero el Laboratorio

tuvo otras derivaciones: la formación de vocaciones, enlazando con los tiempos últimos en que el progreso de la Universidad ha permitido que centros como el Laboratorio de Arqueología se hayan convertido en los grandes centros de investigación que hoy vemos, mostrando que el camino universitario, uniendo la labor de varias generaciones, representa la continuidad de la ciencia.

Al contemplar el actual desarrollo de la enseñanza y la investigación universitaria nos damos cuenta del progreso realizado. Hace cincuenta años, en un ambiente poco preparado brotó el germen de lo que hoy vemos floreciente. Bien merecían este homenaje que nos reúne aquí, esos pioneros que a través de mis recuerdos he pretendido evocar.

Podría contaros numerosas anécdotas. Era una época con cierta ingenuidad en el ambiente. Los casos de Segorbe y de Yátova lo confirman. No resisto la tentación de relataros esas dos anécdotas.

Repetidas cartas llegaban al Laboratorio firmadas por un buen canónigo de Segorbe, quien recogía piedras, cantos rodados, en los que veía muestras de arte escultórico. Tan convincente parecía que el Laboratorio decidió ir a hacerle una visita. Al llegar los miembros de aquél a la estación de dicha ciudad, varios canónigos les esperaban para transmitirles un mensaje del señor obispo, rogando a los arqueólogos valencianos que perdonasen a los amigos del engañado canónigo-arqueólogo el que hubiesen llegado tan allá en lo que no pasaba de una broma inocente. Y él mismo —el obispo— pedía perdón por no haberlo evitado y haber llegado hasta permitir que la broma siguiera.

En cuanto a Yátova, la historia es más penosa y menos divertida. Llegaron noticias publicadas en la prensa de Valencia del hallazgo, en la ladera de un monte, de una serie de lajas planas con inscripciones, que incluso se indicaban como ibéricas. En la primera reunión, decidimos visitar corporativamente el yacimiento. Unos días después realizábamos nuestro propósito. Bastaba ver la inmensidad de las supuestas escrituras para comprender que estábamos frente a un lodo fosilizado en el que los gusanos habían imitado una rudimentaria escritura. Apuntamos la conveniencia de que un geólogo nos ilustrase sobre este asunto y quedamos mohínos y decepcionados.

Otro yacimiento importante que los miembros del Laboratorio visitaron fue la Cueva de Domeño, con su cerámica gris y pintada, que no se ha excavado todavía que sepamos. Naturalmente, se visitó en varias ocasiones la Cueva del Parpalló, en curso de excavación. Los miembros del Laboratorio pudieron entusiasmarse con los hallazgos continuos de grabados y pinturas, siendo ésta una de las excavaciones que mayor gozo les proporcionó.

Pronto se juntaron a nuestras tareas algunos jóvenes, como doña Olimpia Arocena Torres, que años después estuvo encargada varias veces de la cátedra, y mi excelente amigo y joven investigador, del que se podían esperar grandes cosas, Emilio Gómez Nadal, hermano menor de esa gran figura de la afición valenciana que fue Nicolás-Primitivo Gómez.

Varias veces estuvo en Valencia, en cortas estancias, el profesor Schulten, con el que desde 1920 me unió una íntima amistad. El Laboratorio nos acom-

pañó en la visita al arco romano de Cabanes. Una temporada mayor la pasó el profesor Schulten, en otoño de 1932, dando un curso sobre Avieno, que interesó sobremanera a los miembros del Laboratorio. Visitamos entonces juntos el poblado ibérico del Puig, donde el sabio alemán situaba la conocida batalla de Lauro en la campaña sertoriana.

Mi salida de Valencia, en el verano de 1933, iba a cortar mi asidua concurrencia a lo que empezó siendo sencillo rincón universitario para abarcar a varias generaciones de aficionados. El mérito del profesor Gonzalvo era evidente y lo hacía más simpático aún la modestia con que él lo dirigía.

Poco después de mi traslado a Barcelona, las circunstancias fueron ahogando los buenos propósitos del grupo valenciano, que todavía nos acompañó varias veces en las excavaciones de Liria (1932-1933 a 1936 y 1940). En definitiva, fue una pieza extraordinaria, el de la dama con alta mantilla y posible abanico o espejo, que un maestro de Liria, don Domingo Uriel, había dado a conocer al Laboratorio, lo que nos llevó a aquella fecunda ciudad ibérica.

Hubo que esperar algunos años para que, bajo la dirección, primero, de don Manuel Ballesteros y, después, de don Miguel Tarradell, con el progreso de nuestras universidades, el Laboratorio tomara nuevo rumbo, colocándose, gracias a los medios puestos a su servicio, en la vía de un amplio desarrollo.

Y termino haciendo votos para que los jóvenes que hoy nos acompañan puedan celebrar otro medio siglo en la vida del Laboratorio.

L. PERICOT